

SEMBLANZA DE UNA DAMA

Ingresó a la sala y los aplausos capturaron su atención, se inhibió, se sonrojó y se dio cuenta de que aún a sus ochenta esto se repetía cada vez que se sentía protagonista de las miradas.

Sofía tiene una imaginación increíble que usa cada vez que el arte se apropia de ella. Encontró de esta forma una manera de expresar sus pasiones. Piensa con la libertad a flor de piel, y lo deja translucir sin importar las consecuencias. Escribe desde siempre, pinta desde hace algunos años y se toma los momentos con una naturalidad entusiasta donde todo es intenso.

El momento de presentar su libro llegó, esta vez el tercero, ella percibe quizá sea el último.

Creció en una familia donde la música y la literatura formaban parte de sus días. Su padre, era un obrero de la construcción que la vida o el destino no le habían permitido seguir sus sueños de concertista, aunque no le impidieron escuchar lo que para él era buena música todos los días al regresar cansado de esas interminables horas entre poleas, cemento y cucharas. Su madre, amaba las plantas, cocinar sabroso y jamás se quejaba de realizar las tareas del hogar. Los libros eran importantes para ella, y tenía siempre alguno sobre su mesa de luz que leía hasta que el cansancio irremediamente se posesionaba de su existencia. Tal vez en este contexto Sofía se impregnó de la belleza de las palabras y los acordes de la música de géneros diversos.

Las canas de la artista juegan increíblemente en su cabellera larga que mantiene misteriosamente algunos resabios de color azabache. Sofía es menuda, pero no pasa desapercibida, su vestimenta colorida y desestructurada la delata sin piedad, sin importarle.

La maternidad llegó a su vida siendo muy joven y en este momento de sus ochenta, los hijos, nietos y algún bisnieto también le dan color a sus días. La nostalgia del recuerdo de Enrique que ya se fue, aparece cada vez más seguido a pesar de que su memoria quiere jugar con ella a las escondidas.

Se sumerge en su mundo y escucha música, sus hijos se quejan de que no atiende sus llamadas y es que en ese sitio tan propio se olvida de todo. Baila, escribe y dibuja sin apuros.

Los tiempos acelerados de su vida ayudando a su marido para salir adelante con los gastos cotidianos y a sus cuatro hijos para que nada les faltara, ya pasaron. Fueron difíciles y no hubo tiempo para ella.

Cerca de los sesenta se permitió la posibilidad de dar rienda al disfrute, a sentir el placer por vivir como tenía ganas, a enamorarse de las simples cosas que la atravesaban, y cuando se percató de esto decidió ser libre de pensar y actuar sin detenerse a reflexionar si sus acciones eran políticamente correctas o no. Y así llegó a retomar con amplitud la escritura y parir su primer libro que editó con enorme esfuerzo. Luego llegó el segundo y ahora el

tercero, éste que estaba a punto de presentar y cuya circunstancia la hacía vulnerable ante la presencia de la gente entusiasmada en escucharla.

Sus nietos y los hijos de ellos, la llaman Sofi, nada de abuela ni nona, simplemente Sofí, y a ella le encanta. La artista de la familia, es además la protagonista de los encuentros de los domingos donde luego de la sobremesa les narra historias reales y fantásticas, que asustan a los más pequeños y que los grandes disfrutan observando los gestos expresivos de sus manos y su cara.

Un juego de presentes y pasados surgen estrepitosamente en su mente esta tarde, van y vienen, se mezclan, se encuentran y desencuentran y se pregunta asombrada de sí misma, en este instante preciso, qué diría Enrique si pudiera verla, y sus padres, qué pensarían de su pequeña Sofía envuelta en años, donde una concurrencia importante entre luces y sombras, hoy la aplaude de pie.